

siempre una creencia del género humano : luego la degradación del hombre es cierta.

Su Redención futura por un Hombre-Dios ha sido durante el espacio de cuatro mil años un dogma del género humano : luego es cierto que esta Redención ha debido efectuarse.

El Cristianismo es la única Religión que nos enseña que esta Redención se ha efectuado : luego el Cristianismo es la sola y única Religión verdadera.

El Cristianismo nos enseña que Jesucristo es el Redentor que *esperaban todas las Naciones* : luego es cierto que Jesucristo es realmente este Redentor.

El Cristianismo, conforme con las profecías y la tradición universal, atestigua que el Redentor es Dios y Hombre juntamente : luego Jesucristo era verdaderamente hombre, y verdaderamente Dios.

Cuando llego pues á considerar su vida, sus obras, su doctrina, aquella mezcla tan maravillosa de grandeza y de sencillez, de mansedumbre y fortaleza, aquella incomprendible perfección que no se desmiente un momento, ni en la confianza de la íntima familiaridad, ni en la solemnidad de las instrucciones que dirigía al pueblo entero ; ni en la alegría de las bodas de Caná, ni en las agonías del huerto de Gethsemaní, ni en la gloria de su triunfo, ni en la ignominia de su suplicio ; ni en el Thabor en medio del resplandor que le rodea, ni en el Calvario, donde espira abandonado de los suyos, desamparado de su Padre, entre inesplicables tormentos, en medio de los gritos de furor y burlas sacrílegas de sus enemigos. Cuando contemplo este gran prodigio que el mundo no ha visto mas que una vez, y que ha sido el que ha renovado el mundo, yo no me pregunto si el Cristo era Dios ; mas bien estaria tentado á preguntarme, si él era hombre.

Renégue, si quiere, el impío desde el fondo de sus tinieblas á aquel que le ha rescatado : renuncie en hora buena á la vida, y adórese á sí mismo ; nosotros postrados al pié de la Cruz, adoraremos á nuestro Libertador á nuestro Rey, á nuestro Pontífice, nuestro Dios ; y en las efusiones de nuestro amor repetiremos en la tierra aquel canto con que los Angeles llenan el cielo : « Digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir la vir-

» tud, el poder, la divinidad, la fuerza, la sabiduría y el
» honor, y la gloria, y la bendición. Santo, Santo, Santo
» es el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y
» que debe venir ¹. »

CAPÍTULO XII.

Establecimiento del Cristianismo. Sus Beneficios.

Solo el Cristianismo explica lo que es el hombre ; solo él le enseña cuál es su naturaleza, cómo ha caído, cómo ha sido rescatado, cómo puede restaurarse : solo él le ofrece al Libertador, al hombre-Dios esperado el espacio de cuarenta siglos por el género humano : luego el Cristianismo es la única Religión verdadera, la única Religión santa, la única Religión divina. Pero su santidad, su divinidad aparece aun todavía con una evidencia que debe conmover á todo espíritu sincero en su *Establecimiento*, y en sus *Efectos* sobre la sociedad.

Es un espectáculo verdaderamente admirable el triunfo de la Religión cristiana y la caída del Paganismo después de una lucha que tuvo suspenso al mundo trescientos años. ¡ Que doce hombres nacidos en el seno de la mas baja condición, en un pueblo aborrecido de todos los otros pueblos, emprendan mudar la faz del Universo, reformar sus creencias y costumbres, abolir los cultos supersticiosos que en todas partes estaban unidos con las instituciones políticas, someter á una misma ley y esta contraría á todas las pasiones, á los vasallos y á los Reyes, á los esclavos y á sus señores, á los Grandes y á los débiles, á los pobres y á los ricos, á los sabios y á los ignorantes ; y esto sin contar con apoyo alguno, ni

¹ Et vidi, et audiui vocem angelorum multorum in circuitu throni, ... dicentium voce magna : Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem. ... Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est. *Apocal.* v, 11, 12 ; iv, 8.

de fuerza, ni de elocuencia, ni del raciocinio; antes al contrario en medio de la oposicion violenta de todos cuantos tenian algun poder y autoridad en el mundo; á pesar de las persecuciones de los Emperadores y de los Magistrados, de la resistencia interesada de los Sacerdotes de los ídolos, de las burlas y desprecio de los Filósofos, y de los furiosos del fanatismo: que estos hombres mostrando á las Naciones el instrumento de un suplicio infame, hayan vencido el fanatismo de la muchedumbre, á los Filósofos, á los Sacerdotes, á los Magistrados y á los Emperadores: que la cruz se haya enarbolado sobre los palacios mismos de los Césares, de donde habian salido tantos edictos sanguinarios contra los Discípulos de Cristo, y que sufriendo y muriendo, hayan ellos subyugado todas las potestades humanas: es un hecho único en la historia, hecho prodigioso y que llama desde luego la atencion como una grande y visible excepcion á todo lo que se sabe y conoce del hombre.

Sin embargo se ha intentado explicar este maravilloso acontecimiento por causas naturales, y Gibbon¹ numera cinco que le parecen suficientes para concebir cómo se ha propagado el Cristianismo²; pero los esfuerzos de este filósofo para quitar á la Religion Cristiana una de las pruebas de su divinidad, no sirven sino para hacerla brillar mas; tan evidentemente desproporcionadas son las causas que señala al efecto que debian producir.

La primera es el *celo de los Apóstoles*; ciertamente no se le negará; pero ¿cuál era el principio de este celo extraordinario? ¿qué le habia producido? ¿quién le sostenia en medio de la persecucion? ¿Reconoceis que él ofrece caractéres particulares, y que en su perfecto desinterés, su constancia impertérrita, su ardor y su distancia de toda especie de fanatismo no se parece ni asemeja á nada de lo que se habia visto hasta entonces? Eso es explicar el milagro del establecimiento de la Re-

¹ Véase sobre este filósofo el t. I, pág. 93.

² Véase su *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain*, chap. 15.

ligion Cristiana por otro milagro, que se quiere llamar una causa natural. Al contrario, el celo de los Apóstoles ¿no era mas que un deseo puramente humano de extender la fe y creencias que ellos habian adoptado? Entonces pregunto: ¿si esta especie de celo no es una cualidad comun á todos los que desean persuadir alguna cosa; y si hubo jamás un sectario, un autor de alguna opinion nueva, que en este sentido no haya tenido celo, y un celo muy activo? Se sabe que es necesario enseñar una doctrina para extenderla, y nadie creo dude que el Cristianismo ha sido predicado. Pero ¿de dónde viene el que una doctrina tan contraria á las pasiones, una doctrina por tantos tiempos y tan vivamente combatida, se haya establecido sin algun auxilio exterior, á pesar de una oposicion universal². Esto es lo que se trata de explicar, y lo que la predicacion mas celosa no explica en manera alguna. ¡Razon extraña en verdad del triunfo del Evangelio! Los Gentiles han creído, han obedecido á unos hombres simples y groseros, destituidos de todo, sin riquezas, sin letras, han dejado sus Bacanales, y corrido al martirio, únicamente porque se les ha dicho: ¡creed, obedeced, morid!

El dogma de la *inmortalidad del alma* es la segunda causa á que atribuye Gibbon los progresos del Cristianismo: ¿cómo si este hubiera sido un dogma nuevo y hasta entonces desconocido en el mundo! Es cierto que algunos filósofos le desechaban; pero el Universo atestiguaba la perpetuidad de esta creencia, y hemos mostrado¹ que no hay pueblo que no admita la eternidad de las penas y premios futuros. Este artículo esencial de la fe primitiva, conservado por la tradicion, fué siempre y por todas partes la sancion necesaria de la moral, de las leyes y del orden público. El dogma de la inmortalidad del alma, creído de todos los paganos que no eran mas que paganos, no puede ser pues la causa² que los

¹ Cap. 5 de este tomo, p. 80.

² Para apoyar esta pretendida causa, Gibbon, une á ella la opinion de los Milenarios, que nunca fué mas que el error de algunos particulares; y que ciertamente los Apóstoles no la enseñaron. Es poco mas ó menos, como si se dijese que los misioneros han pro-

ha movido á renunciar á la Idolatría para abrazar el Cristianismo.

El poder de hacer milagros, causa tercera indicada por Gibbon, ha contribuido sin duda poderosamente al establecimiento de la Religión cristiana; y en los antiguos Padres y en los fragmentos que nos quedan de las obras de Celso, de Porfirio y de Hierocles, se ve cuanto sorprendía este poder á los gentiles. Pero lo que debé sorprender hoy mas es, que Gibbon ponga los milagros entre las causas *naturales* que han favorecido la propagacion del Cristianismo. Y la razon es, porque en su dictámen los Apóstoles no han hecho milagros; de suerte que el Cristianismo se ha propagado, segun él, en virtud de una causa que no existia. ¿Mas sobre qué se funda para negar este poder milagroso de los Apóstoles? Únicamente en que este poder (siempre subsistente en la Iglesia, como lo mostraremos en otra parte,) ha venido á ser mas raro hoy, que lo era en un principio. Mas demos que hubiese cesado enteramente; ¿qué se podria concluir de aquí? De que no existiese hoy, ¿se seguiria que no hubiere existido nunca? Por la misma razon se podria negar la creacion porque Dios no crea perpetuamente.

« ¿Mas cómo es que no se ven ya los milagros que se veían en otro tiempo? » Esta misma pregunta hacian algunos filósofos en tiempo de San Agustin. ¿Y qué les respondia este ilustre Obispo? « Yo podria decir, responde, que aquellos milagros fueron necesarios antes que el mundo creyese para que creyese, y así todo el que pide hoy milagros para creer, el mismo es un gran prodigio, pues que no cree, cuando todo el mundo creé. Pero ellos hablan así, á fin de no creer que estos milagros realmente se hayan verificado. Pero si no se han verificado, ¿de dónde viene que en todas partes se celebre con tanta fe el Cristo, que ha subido en su carne á los cielos? ¿De dónde viene que en un siglo tan ilustrado, y que desechaba todo lo que es imposible, el mundo ha creído sin milagros cosas tan mara-

pagado la religion católica en la China, porque ha habido en Macao ingleses, los cuales sobre muchos puntos tenían sentimientos reprobados por la Iglesia católica

» villosas y tan increíbles? ¿Dirán acaso que eran creíbles, y que por eso se han creído? Pues si eran creíbles, ¿por qué no las creen ellos? En dos palabras; ó cosas increíbles, obradas á la vista de los pueblos, les han hecho dar fe á una cosa increíble que no veían; ó esta cosa es creíble sin necesidad de milagros, y los incrédulos quedan convencidos de una culpable infidelidad¹. »

Es difícil de creer que Gibbon, cuando escribia estas cosas, se entendiese á sí mismo. Dígasenos: ¿los Discípulos de Jesucristo hicieron obras milagrosas en confirmacion de la doctrina que predicaban? Sí, ó no. En el primer caso, el Cristianismo se ha establecido de un modo sobrenatural, y su divinidad es incontestable. En el segundo, es evidente que no habria podido establecerse, porque era imposible que la superchería de los que pretendian obrar milagros tan numerosos y tan estupendos, no hubiese sido inmediatamente descubierta y públicamente manifestada.

¿Qué ingeniosa y profunda es en sus conjeturas la Filosofía! ¿Y cómo aun los acontecimientos que parecerian los mas extraordinarios, vienen á ser sencillos, cuando ella se digna explicarlos! No concebis que el Cristianismo se haya propagado naturalmente; pues ella va á hacéroslo comprender. Los Apóstoles han dicho: « Os anunciamos el Evangelio en nombre del Eterno, y nos debeis creer, porque estamos dotados del poder

¹ Cur, inquit, nunc illa miracula, quæ prædicatis facta esse, non fiunt? Possem quidem dicere, necessaria fuisse prius quam crederet mundus, ad hoc ut crederet mundus. Quisquis adhuc prodigia ut credat inquit, magnum est ipse prodigium, qui mundo credente non credit. Verbum hoc ideo dicunt, ut nec tunc illa miracula facta fuisse credantur. Unde ergo tanta fide Christus usquequaque cantatur in cælum cum carne sublatus? Unde temporibus eruditibus, et omnè quod fieri non potest respuentibus, sine ullis miraculis nimium mirabiliter incredibilia credit mundus? An fortè credibilia fuisse, et ideo credita esse dicturi sunt? Cur ergo ipsi non credunt? Brevis est igitur nostra complexio: Aut incredibilis rei, quæ non videbatur, alia incredibilia, quæ tamen fiebant et videbantur, fecerunt fidem; aut certè res ita credibiles, ut nullis quibus persuaderetur miraculis, indigeret, istorum nimiam redargui infidelitatem. *De Civit. Dei, lib. 22, cap. 8, n. 1, tom. VII, col. 663.*

» de hacer milagros. Damos la salud á los enfermos, res-
 » tituimos el uso de sus miembros á los tullidos, la vista
 » á los ciegos, el oído á los sordos, la vida á los muer-
 » tos. » Al oír este discurso, el pueblo corre de todas
 partes para ser testigo de estos milagros prometidos con
 toda confianza. ¿Y qué? ¿Los enfermos no han sido sa-
 nados, los tullidos no andan, los ciegos no han visto, los
 sordos no han oído, los muertos no han resucitado?
 Al observar esto, el pueblo trasportado de alegría,
 se arroja á los piés de los Apóstoles, y exclama: ¡es-
 tos son manifiestamente los enviados de Dios, los
 ministros de su poder! y al punto derribando sus
 ídolos, ha dejado el culto de los placeres por el culto
 de la cruz; ha renunciado á sus hábitos antiguos, á sus
 preocupaciones, á sus pasiones; ha reformado sus costum-
 bres y abrazado la penitencia: los ricos han vendido sus
 bienes para distribuir su precio á los necesitados, y
 todos han preferido los mas horribles tormentos y una
 muerte infame al remordimiento de abandonar una Reli-
 gion que tan sólidamente se les habia probado. ¿Qué
 mayor milagro?

Gibbon hace con justicia un magnífico elogio de las vir-
 tudes de los primeros cristianos; y estas *virtudes* unidas á
 la *perfeccion del gobierno de la Iglesia*, son las dos últimas
 causas que señala de los progresos del Cristianismo entre
 los Gentiles. ¿No es en verdad una explicacion singular-
 mente satisfactoria? Se pregunta ¿cómo una doctrina que
 chocaba y hacia frente á todas las opiniones, á todas las
 preocupaciones dominantes, pudo establecerse entre los
 hombres? Y se responde que se ha establecido porque
 además de eso combatia todas las propensiones é incli-
 naciones del hombre. Es decir; que los Idólatras deja-
 ron sus Dioses, porque se les dijo que convenia dejar
 tambien sus bienes. Creyeron los misterios de la Reli-
 gion cristiana, para tener el consuelo de privarse de to-
 dos los placeres, vivir pobres, ser humillados, despre-
 ciados, abatidos, y morir en los tormentos. Hé ahí lo
 que les ha seducido. No hay duda: es claro que debie-
 ron ser fuertemente atraídos por todo lo que ofrecia de
 alhagüeño para ellos el gobierno de la Iglesia y su disci-
 plina; por ejemplo, el ayuno, la oracion, las vigili-
 as, la

confesion pública, aquellas largas y severas penitencias,
 y la obligacion de obedecer á los pastores que les man-
 daban renunciar á los espectáculos, á las diversiones, á
 todo lo que el pueblo en su corrupcion reputaba tan
 necesario como el alimento mismo: *panem et circen-
 ses*.....

Dejemos estos sueños filosóficos, y pues que ha sido
 necesario referirlos, que sirvan á lo menos para hacernos
 concebir la imposibilidad de explicar por causas natura-
 les el triunfo de la Religion de Jesucristo. Y para com-
 prender aun mejor esta importante verdad, observemos
 que si el Cristianismo no fuese obra de Dios, no habria po-
 dido establecerse sino de dos maneras; á saber, ó por la
 conformidad de su doctrina con los pensamientos, con
 los deseos é inclinaciones del hombre, ó por causas ex-
 trínsecas igualmente propias para lisonjear sus inclina-
 ciones, sus deseos y sus pensamientos; porque es una
 contradiccion absurda suponer que el hombre abando-
 nado á sí mismo pueda querer lo que le hiere ú ofende,
 y obrar contra todas sus inclinaciones. Pues esto es lo
 que se hubiera verificado, si el establecimiento del Cris-
 tianismo no fuese divino: de suerte que es necesario
 elegir entre dos milagros: un milagro del poder y bon-
 dad de Dios, si la Religion es divina, y un prodigio de
 absurdos, si no lo es.

En efecto, el Cristianismo es esencialmente y en to-
 das las cosas opuesto á la naturaleza del hombre degrada-
 do; y no siendo así, ¿cómo la reformaria? ¿Cómo hu-
 biera producido las virtudes sublimes que Gibbon mismo
 admira?

El hombre está naturalmente dominado de la sober-
 bia y del orgullo: quiere ser ensalzado, honrado y dis-
 tinguido; aspira á mandar, á ser el primero en todas
 partes y siempre: El Cristianismo le dice: deprímete,
 humíllate, obedece, sé el último.

Su curiosidad no tiene limites, quiere saber, juzgar.
 El Cristianismo le dice: cree.

Quiere satisfacer sus deseos y apetitos, y gozar de lo
 que lisonjea sus sentidos. El Cristianismo le dice: haz
 penitencia, castiga tu cuerpo, mortificate y sufre.

Hé aquí sin duda una doctrina opuesta á las inclina-

ciones del hombre. ¿Pues quién ha podido determinar á los hombres á abrazarla? ¿Qué compensación les ofrecía para los sacrificios que exigía de ellos? ¿Qué utilidades, qué ventajas exteriores hallaban en la profesión del Cristianismo?

El orgullo hallaba en él la pérdida de las dignidades, de los honores, de los bienes, la irrisión, el oprobio.

La vana y curiosa razón, en lugar de la *sabiduría* filosófica, tan seductora para la misma razón, hallaba la *locura de la cruz*¹; en lugar de la ciencia del siglo, una fe humilde ó misterios incomprensibles que chocaban al sentido humano.

En fin, los sentidos hallaban todo lo que resisten y repelen con horror; una vida pobre y dura, prisiones, cadenas, ecúleos, braseros, cadalsos.

Trasportaos al circo: un cristiano debilitado ya por los tormentos que ha sufrido, aparece en la arena. Escuchad los gritos furiosos del populacho, las frias burlas de los sofistas, los sarcasmos de los grandes. Se ultraja y maldice á este hombre, que de allí á unos momentos va á ser despedazado por las garras de las bestias feroces. Una palabra que diga, una sola palabra puede salvarle, y el sin embargo no la pronuncia: decidnos ¿qué motivo humano le alienta á morir con una muerte tan espantosa en medio de las execraciones públicas? Explicadnos este extraño amor de suplicios y de ignominia. Yo veo al mártir tender sus brazos en cruz, y mirar al cielo, y ya no busco en la tierra la explicación de su constancia, y la razón de su sacrificio.

En la época en que el Cristianismo fué anunciado al mundo, nada había, ni en él, ni fuera de él; que no debiese mover á los hombres entregados á sí mismos á desecharle.

Luego el Cristianismo no se ha podido establecer por causa alguna humana.

Luego el Cristianismo es divino en su establecimiento. La filosofía misma conviene en ello, cuando procede

1 Græci sapientiam quærunt: nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam. Ep. I ad Corinth. I, 22, 23.

de buena fe, y cede á una evidencia que ningun sofisma puede oscurecer.

« El Evangelio predicado por gentes desconocidas, sin estudios, sin elocuencia, cruelmente perseguidas, y destituidas de todo apoyo humano, se establece en poco tiempo en toda la tierra. Este es un hecho que nadie puede negar, y que prueba que es obra de Dios¹. »

Así habla Bayle, y Rousseau no estaba menos convencido de este hecho maravilloso.

« Despues de la muerte de Jesucristo doce pobres pescadores y artesanos emprendieron instruir y convertir el mundo. Su método era sencillo: predicaban sin arte, pero con un corazón penetrado de lo que decían; y de todos los milagros con que Dios honra su fe, el que hacia mayor impresión en los oyentes era la santidad de su vida. Sus Discípulos siguieron este ejemplo, y el suceso fué prodigioso. Los Sacerdotes gentiles alarmados, hicieron entender á los Príncipes que el Estado se perdía, porque las ofrendas se disminuían. Suscitáronse las persecuciones, y los perseguidores no hicieron sino acelerar el progreso de esta Religión que querían extinguir. Todos los Cristianos corrian al martirio, y todos los pueblos corrian al Bautismo; la historia de aquellos primeros tiempos es un prodigio continuo². »

La sangre de los Mártires, según la enérgica expresión de Tertuliano, *era una semilla de Cristianos*³. « Somos de ayer, decía, y ya lo llenamos todo; vuestras ciudades, islas, fortalezas, las aldeas, los comicios, los mismos reales, tribus, decurias, el palacio, el senado, el foro: no os dejamos libre mas que vuestros templos⁴. »

Desde el siglo II el Cristianismo se extendía ya mas

1 Bayle, *Dict. crit. art. Mahomet*, Nota O.

2 *Réponse au Roi de Pologne*, p. 262.

3 Sanguis martyrum semen est christianorum. *Apologet.*

4 Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum. Sola vobis reliquimus templa, *Ibid.* cap. 37.

que el Imperio romano ¹: y habia sometido á su creencia así á los pueblos civilizados como á los bárbaros. Las falsas divinidades del Capitolio habian temblado á la vista de la Cruz, plantada en Roma por un pobre pescador del lago de Genezareth; y esta Cruz llevada al mismo tiempo á la otra extremidad del mundo, habia hecho saltar de esperanza y de regocijo á los Scitas errantes sobre sus carros en los desiertos de la Asia mayor. Parece que no hubo distancias ni tiempo para la palabra evangélica; ella estaba en todas partes á la vez.

Jesucristo habia anunciado esta rápida propagacion de su doctrina, que éra en verdad predecir un milagro; pero el que le predecia, era Todopoderoso para obrarle. *Cuando yo haya sido crucificado, todo lo atraeré á mí* ². Ciertamente no se dirá que hablaba así por conjeturas ni sobre apariencias humanas. Si en tiempo de Augusto, en medio del Senado romano un Profeta hubiera referido las mutaciones que se preparaban, ¿qué hubieran pensado de él aquellos graves magistrados? Habrían mirado con compasion al Profeta, y se habrían divertido entre sí de sus sueños extravagantes.

Cuando se reflexiona lo que era entonces la sociedad pagana, el espíritu de incredulidad y todos los errores

1 In quem alium universæ gentes crediderunt, nisi in Christum, qui jam venit? Cui enim et aliæ gentes crediderunt: Parthi, Medi, Elamitæ, et qui inhabitant Mesopotamiam, Armeniam, Phrygiam, Cappadociam; et incolentes Pontum, et Asiam, et Pamphiliam; iminorantes Ægyptum, et regionem Africæ quæ est trans Cyrenem inhabitantes; Romani et incolæ; tunc et in Hierusalem Judæi, et cæteræ gentes: ut jam Getulorum varietates, et Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes, et Britannorum, inaccessa Romanis loca, Christo verò subdita; et Sarmatarum, et Dacorum, et Germanorum, et Scytharum; et aditarum multarum gentium, et provinciarum, et insularum multarum nobis ignotarum, et quæ enumerare minus possumus? Ut quibus omnibus locis Christi nomen qui jam venit, regnat. *Tertull. adv. Judæos*, c. 7, p. 189. Edit. Rigaltii. *Vid. et Euseb. Præpar. Eváng. lib. 1, cap. 3. — S. Iren. lib. 3, contr. Hæres. c. 4, p. 178.*

2 Nunc judicium est mundi; nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. Et ego si exaltatus fuero à terrâ, omnia traham ad me ipsum. Hoc autem dicebat significans quâ morte esset moriturus. *Joan. xii, 31, 33.*

introducidos por una filosofía que habia erigido en sistema la impiedad, la duda y el vicio mismo; y que á este desórden del entendimiento, á esta profunda corrupcion del corazon, se ve suceder repentinamente de un golpe una fe dócil y sencilla, las costumbres mas severas, las mas heróicas virtudes, se concibe claramente que esta pasmosa regeneracion de la naturaleza humana, no ha podido ser obra del hombre; pues que todos los esfuerzos de su razon en los siglos mas ilustrados, toda su ciencia, todos sus descubrimientos, sus artes, instituciones, y sus leyes no habian servido sino para sumergirle en una depravacion sin ejemplo. Ha sido necesario que fuese instruido y ayudado sobrenaturalmente para salir de este abismo de disolucion y de miseria. Y á fin de que no pudiese en sentido alguno atribuirse su propia salud, quiso Dios que los instrumentos de su misericordia, despojados de todo lo que contribuye al buen éxito en los designios del hombre, fuesen evidentemente por lo mismo los ministros de un poder superior al suyo. « Él escogió lo que era insensato segun el mundo para » confundir á los sabios; y lo que era débil, segun el » mundo, para confundir á los fuertes; lo vil y despre- » ciable, lo que no era, para destruir lo que es, á fin de » que ningun hombre se glorie delante de él ¹. »

No insistiremos mas sobre el establecimiento de la Religion cristiana. *La historia de aquellos primeros tiempos*, en boca de Rousseau, es un prodigio continuo. Y bien; ¿ un prodigio continuo está en el órden de los acontecimientos naturales? Un prodigio continuo ¿ es otra cosa que una manifestacion continua del poder divino? Luego el Cristianismo se ha establecido divinamente: luego su divinidad es tan cierta como su existencia.

Además es imposible no reconocerle por obra de Dios en sus efectos. Recordad lo que era el hombre bajo el

1 Videte vocationem vestram, quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles: sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret: ut non gloriaretur omnis caro in conspectu ejus. *Ep. I ad Corinth. 1, 26, 29.*

paganismo, y lo que vino á ser. Al orgullo, al odio, al desprecio de la humanidad, á la licencia mas desenfrenada, sucedieron la humildad, la caridad, el respeto y el amor al hombre, el espíritu de sacrificio, los prodigios de la penitencia y de la castidad. El último de los Cristianos fiel á los deberes que su Religion le impone rigurosamente, supera inmensamente en perfeccion á todos los personajes, cuyas virtudes tanto han proclamado Grecia y Roma. Una vanidad insufrible era casi siempre la menor de sus debilidades. Querian ser alabados y admirados. Mostrados entre todos estos sabios *un hombre manso y humilde de corazón*. Se sabe cual era la continencia de Aristides y de Catón. Ningun vicio se extrañaba en la corrupción general. ¿Hubo algún romano que formase el mas leve escrúpulo de asistir á los espectáculos del circo? Trajano hizo presentarse de una vez diez mil gladiadores en la arena¹, en donde Tito condenó á los prisioneros judíos á que se degollasen unos á otros.

Puede leerse en Tertuliano², en San Cipriano³, en Lactancio⁴ el horror que inspiraban estos abominables asesinatos á los primeros Cristianos. Las mujeres mismas, hasta las Vestales, se entretenían y hacían diversion del crimen y de la muerte. Un solitario⁵ vino desde el Oriente á Roma para procurar la abolicion de estos juegos, que así es como se llamaban; y el pueblo furioso le asesinó. Constantino los prohibió al subir al trono⁶, y cesaron enteramente en el imperio de Justino⁷.

1 Dion. Cassio, *lib. 66, cap. 68*. — 2 Tertul. *de Spectaculis*.

3 S. Cibr. *Ep. ad Donatum*. — 4 Inst. Divin. *lib. 6, cap. 10*.

5 Llamábase Telémaco.

6 Cod. Theodos. *lib. 15, tit. 12, p. 395. Edit. Gothofredi*.

7 Baron. *Annal. tom. VIII, pág. 12*. — Casiodor. *lib. 10, cap. 2*. — La Iglesia, guiada por el mismo espíritu, prohíbe los torneos bajo diversas penas. *Conc. Remens. an. 1157, ap. Martene, tom. VII, p. 76. París 1733. Concil. Lateran. an. 1177. Canan. 30. Gul. Newbrig. tom. I, p. 259. Ducange, Glossar. voc. Joustia, Tornamenta, Hastiludium*. Véase en el mismo autor, y en Spelman y Lindembrog, los esfuerzos de los Príncipes cristianos y de la autoridad eclesiástica para abolir el *Duelo*. Voc. *Duellum, Monomachia, Campio, Pugna. Vid. et Saxo gramat. lib. 10. Ericus Upsaliensis, lib. 1. Resenii Jus antiquum Danicum, p. 642, 643*. — Baron. *Annal. tom. XI, p. 113 y sig. Concil. Trident. Ses. 25, cap. 19*.

Las leyes de la Religion, viniendo poco á poco á ser las leyes del Estado, purificaron las costumbres; se formó mas grande idea de la santidad del matrimonio; la vida del niño¹ y su inocencia fueron protegidas²; la esclavitud, al principio suavizada³, desapareció al fin enteramente⁴, se estableció un nuevo derecho de guerra; los Gobiernos se afirmaron⁵; los Príncipes pudieron dejar vivir á sus hermanos⁶, y no temieron ya las revoluciones tan frecuentes entre los antiguos.

1 Tácito miraba como cosa extraordinaria que los Germanos no hiciesen morir á ninguno de sus niños. *De morib. Germanor. cap. 19*. En la obra de Apuleyo, que vivía en tiempo de los Antoninos, partiendo un hombre para un viaje, ordena friamente á su mujer que mate á la criatura de que estaba en cinta, si era hija. *Metamorph. lib. 10, p. 227*. En Terencio se lee otro rasgo casi semejante. «Un hombre aunque pobre, dice Posidipo, no quiere exponer á su hijo; pero el rico á puras penas querría conservar su hijo. *Gnomie. Poet. Vid. et Philo Jud. De legib. specialib. p. 794. Paris 1640*. — Binkershok. *De juré occidenti et exponendi liberos ap. veter. Roman. et Noodt, De partús expositione et necé apud veteres*.

2 Cod. Theodos. *lib. 10, tit. 27, p. 188. Edit. Gothofredi*. — Lindembrog. *Lex Wisigoth. lib. 6, tit. 3*.

3 Lactant. *Divin. Instit. lib. 5, cap. 5*. — Lindembrog. *Lex Wisigoth. lib. 4, tit. 5, et lib. 6, cap. 14*. — Ina, que reinaba en el siglo VII en Inglaterra, libertó á un esclavo, á quien su amo había violentado á trabajar el domingo. Wilkins, *Leges Anglo-Saxonice, p. 14*.

4 Thomassin. *Discipline, etc. tom. II, p. 222, 223 y 253*. — Wilkins, *loco citato, p. 120*. — Eadmer Novorum, *etc. lib. 3, p. 64*. — Stiernhook, *de Jure Suenonum, p. 226*. — En fin, el 1167 el papa Alejandro III declaró en nombre del Concilio que todos los cristianos debían estar exentos de la esclavitud. Esta sola ley, dice Voltaire, debe hacer amable su memoria á todos los pueblos. *Essai sur l'hist. géner. etc., chap. 70, tom. II, p. 188. Edit. de 1756*.

5 Véanse sobre este punto varias noticias curiosas en Bozio, *de Signis Ecclesie, tom. II, p. 368 y sig.*

6 No hay, dice Plutarco, mas que un solo ejemplo de asesinato doméstico entre los descendientes de Antígono, á saber, el de Filipo, que mató á su propio hijo. Pero casi todas las otras familias presentan numerosos ejemplos de asesinatos de niños, de madres, igualmente que de esposas; y en cuanto á las muertes de hermanos, se cometían sin el menor escrúpulo, porque era una máxima de